



COLUMNA INVITADA

Después de Alaska

Además, un acuerdo no es sinónimo de una solución viable, sustentable ni definitiva



Claudia Ruiz Massieu / Colaboradora / Opinión El Heraldo de México Foto: El Heraldo de México

La cumbre entre Donald Trump y Vladimir Putin —que se celebrará el próximo viernes en Alaska—, no es una reunión bilateral más: es la confirmación del agotamiento definitivo del sistema internacional que estuvo vigente durante décadas. Quizás el ciclo inaugurado simbólicamente en Yalta llega a su fin 80 años después, en Alaska. Sus implicaciones ameritan una reflexión.

De entrada, la decisión de excluir a Ucrania de una cumbre sobre el futuro de Ucrania es una concesión preliminar a Putin. Si bien no es algo nuevo -en Yalta se definió el futuro de Europa sin Europa-, la historia muestra que trazar líneas en los mapas sin considerar a los pueblos involucrados siembra agravios e incongruencias demográficas que suelen perpetuar conflictos, incluso empeorarlos; pero, en todo caso, aplazarlos más que resolverlos.



Además, un acuerdo no es sinónimo de una solución viable, sustentable ni definitiva. El Centro de Estudios Estratégicos de La Haya ha documentado que más de un tercio de los acuerdos de paz firmados entre 1975 y 2018 fracasaron por la pérdida de apoyo interno, la violación de los términos por alguna de las partes o por un simple cambio de opinión en los líderes políticos.

Más allá de los resultados de la cumbre, la ausencia de Zelenskyy ofrece una oportunidad única a Putin: la posibilidad de un acuerdo que será presentado a Kiev y a Europa como un hecho consumado, frente al cual no tienen agencia alguna.

En suma, Rusia llega a Alaska con una serie de victorias que fortalecen su posición de antemano. No cumplió con el cese al fuego que supuestamente debía iniciar este 8 de agosto; existe un entendimiento previo de que se quedará con parte del territorio ucraniano; y la más importante, ya mencionada: logró que Washington aceptara negociar sin la presencia del país agraviado.

Por su parte, Trump quiere consumir un acuerdo que le permita presumir una victoria política y parece dispuesto a aceptar términos injustos para Ucrania. La efectividad de sus presiones a Europa para aumentar su inversión en defensa aún es incierta. Los europeos se comprometieron a incrementar su gasto militar; pero, dados los antecedentes, es posible que sea ante todo un gesto declarativo para darle a Trump el triunfo mediático que buscaba.

La realidad es que Europa —tras décadas de dependencia militar— carece del poder real para ofrecer una alternativa viable. Ucrania podría rechazar cualquier plan concebido en Alaska, pero si eso implica perder el respaldo estadounidense, se encontraría en una posición insostenible a largo o quizá incluso mediano plazo. Las opciones de Kiev están limitadas por el hecho de que sus aliados europeos no pueden sostener por sí mismos el esfuerzo militar necesario para hacer frente a Moscú.



Así, la cumbre en Alaska representa la cristalización de la tendencia que hemos advertido: el mundo cambió y un nuevo orden global está emergiendo. El sistema multilateral no ha desaparecido formalmente —sus instituciones siguen funcionando y cumpliendo labores insustituibles—, pero ya no sirve para su propósito fundamental: mantener la paz y seguridad del mundo. Los avances de agendas nobles como la educación, el medio ambiente o la igualdad son innegables, pero esos no eran los objetivos centrales del orden de la posguerra.

El cambio de paradigma ya no es una discusión teórica, es una realidad. Es momento de aceptarlo como punto de partida para tomar decisiones y trazar estrategias. México debe repensar su posición en el mundo después de Alaska.

POR CLAUDIA RUIZ MASSIEU

DIPUTADA FEDERAL

@RUIZMASSIEU